

—Cierto; pero ellos sin duda han querido mostraros que no hay que confiar la vigilancia que nos interesa á los demas.

A las nuevas objeciones que hicieron los caciques:

—Nada, nada, contestó Hernan Cortés; he querido hacer una prueba de vuestra energía. Ya veo que no sabeis guardar presos.

Es necesario que me entreguéis todos los que han caido en vuestro poder, para que yo me encargue de ellos. Los llevaré á los buques, y allí estarán seguros.

Alegráronse en extremo, porque les quitaba un peso de encima, y Hernan Cortés vió realizados sus designios.

Empezaba á jugar con dos barajas.

Estos juegos son siempre muy difíciles.

Pero Hernan Cortés tenia la ventaja de poder ver las cartas de los demas.

Por de pronto, ordenó á los marineros que tratasen muy bien á los presos que puso bajo su custodia.

CAPITULO LVI.

Veracruz.



ODEROSAMENTE influye la oportunidad en el porvenir de las empresas de los hombres.

Hernan Cortés llegó oportunamente á aquella parte del imperio de México.

El triunfo que habia obtenido sobre los habitantes de Tabasco, y el gran rasgo de audacia que habia puesto por obra prendiendo á los representantes de Moctezuma, le adquirieron tal prestigio entre aquellas gentes, que solo puede compararse la admiracion y el aprecio que le profesaban con el que profesaban á sus ídolos.

La supersticion hizo creer á los habitantes de Zempoala y Quiabisan, que los embajadores eran poderosos auxiliares que les enviaban los dioses, para contrarestar la tiranía de Moctezuma, y esta version se divulgó de tal manera entre los indios, que no hubo uno solo que no se apresurara á reconocer como enviados del cielo los españoles, creyéndose á su lado libres del yugo que hasta entónces les habia impuesto el emperador de México.

—Ya os lo decíamos, exclamaban los butios; los atentados cometidos por los ejércitos de Moctezuma no podian quedar impunes.

Nosotros viviamos libres, dichosos.

Trabajábamos la tierra y gozábamos de sus productos.

¿Por qué razon, con qué derecho envió sus huestes á dominarnos, á exigirnos tributos?

Los dioses son inexorables.

Habíamos delinquido, y nos castigaron para reducirnos á la obediencia y sumision que les debíamos.

Pero, convencidos de nuestro arrepentimiento, han enviado á nuestro lado los que deben salvarnos.

La idea cundió de tal manera en todas las provincias limítrofes y en todas las tribus que la componian, que no tardaron en acercarse á Quiabislan más de treinta caciques de las tribus y las montañas próximas, en las que habitaban unos indios llamados Totonagues.

Eran gentes casi salvajes.

Su idioma era, por decirlo así, un dialecto respecto á la lengua que se hablaba en todo el país.

Sus costumbres eran en extremo primitivas.

Pero todos eran robustos, ágiles, y gozaban fama de valientes.

Presentáronse al cacique de Quiabislan, le saludaron con entusiasmo, y le dijeron que habian ido á reconocer en la persona de Hernan Cortés y de los soldados que le acompañaban á sus libertadores.

Todos aseguraron obediencia á Hernan Cortés, no sin solemnidad, porque éste hizo que el escribano tomase acta de sus declaraciones.

Por efecto de estas circunstancias, pudo contar Hernan Cortés con un ejército aliado, compuesto de más de cien mil hombres, que odiaban con toda su alma á Moctezuma.

Satisfechos y tranquilos los caciques, porque estaban seguros de que serian impotentes cuantos esfuerzos hiciera el emperador para someterlos de nuevo, regresaron á sus hogares, prometiendo que á la menor indicacion de Hernan Cortés acudirian presurosos á prestarle cuantos servicios pudieran.

Desde entónces pudo dar mayor formalidad á todos sus actos.

Como recordarán nuestros lectores, había fundado Hernan

Cortés una villa dándole el nombre de la Villaricade la Veracruz.

Pero como esta villa estaba formada por las tiendas de campaña, como sus autoridades municipales eran sus mismos capitanes, donde quiera que iban ellos iba la villa.

Era necesario asentarla sobre más sólida base, y deteniéndose en un sitio llano que habia entre el mar y Quiabislan, á media legua de esta poblacion, el más á propósito para realizar su deseo, resolvió establecerla allí.

¡Hermosa edad aquella en la que los soldados abandonaban de cuando en cuando las armas para dedicarse á las artes más indispensables á la vida!

Trasformados en albañiles, en carpinteros, con el auxilio de los indios, fabricaron sobre aquella amena vega una ciudad,

Empezaron por el templo.

Edificaron despues casas, en las que más cuidaban de la solidez que de la comodidad.

Terminadas aquellas, rodearon el recinto con una muralla suficiente para defenderla de las armas de los indios.

En estos trabajos, el mismo Hernan Cortés, para dar ejemplo, tomó una parte muy activa.

Solo un español miraba con pena aquellas construcciones: Pedro de Alvarado.

—¿Significa esto, dijo á Marina, que vamos á permanecer aquí y hacernos fuertes?

—No; significa que nos conviene para demostrar á Moctezuma que contamos con el apoyo de los habitantes de las cercanías, y el mejor medio de contar con ellos es establecernos á su lado.

No satisficieron estas palabras á Alvarado.

Aunque creia de buena fe á Marina, porque con su mirada le esclavizaba, comenzaban sus celos á exacerbarle de nuevo, y era muy posible que no pudiese contener más tiempo la zozobra en que vivia.

No era ménos difícil la situacion de Marina, que tenia que ocultar á Cortés su falsa complicidad con Alvarado, porque de lo contrario, irritándole, hubiera dado lugar á que dictase su castigo, y Alvarado tenia demasiados amigos entre los soldados para que no hubiese costado cara esta resolucion á Hernan Cortés.

Una mujer con talento y belleza puede mucho.

Marina halló un nuevo medio de calmar la ansiedad de su amante.

CAPITULO LVII.

La tercera embajada.



LA indignacion de Moctezuma llegó á su colmo, cuando por medio de un mensaje que le enviaron á toda prisa Teutila y Pilpatoe, supo que los españoles habian llegado á Zempoala, habian sido allí recibidos y agasajados por el cacique; se habian trasladado despues á Quiabislan, y en una y otra parte habian obtenido las simpatías de los indios, sus tributarios, con lo cual era muy posible que se desentendiesen de su tutela.

Aquello era el colmo de la desesperacion.

—¿Es posible que sea tan grande su atrevimiento? exclamaba Moctezuma. Pues qué, ¿han creido que no tengo fuerzas suficientes para destruirlos, para anonadarlos?

Y apenas recibió la noticia, convocando á sus consejeros:

—No os llamo, les dijo, para consultaros, sino para daros órdenes.

—¿Qué deseais, señor?

—Que reunais cuanto ántes el ejército más numeroso que hayan visto los humanos; que de mis talleres de armas salgan las que haya fabricadas, y que los artífices, trabajando noche y dia, fabriquen nuevos dardos para destruir con ellos á los españoles.

Partamos todos.

Yo iré al frente de vosotros á detener la marcha de esos extranjeros, à castigar su atrevimiento, porque solo de esta ma-

nera podrá volver la paz á mi imperio, y podré recuperar la tranquilidad que ha desaparecido para siempre de mi alma.

Los consejeros partieron inmediatamente á ejecutar las órdenes que habian recibido, y en un momento se supo en toda la ciudad la resolucion del emperador.

¡Qué agitacion!

¡Qué zozobra!

¡Qué sobresalto en todos!

Los augurios iban á realizarse.

Una terrible tempestad se desencadenaban sobre México.

¡Quizás se acercaba la última hora de aquel imperio!

Pero aun los que más rencor sentian hácia Moctezuma, los que más le odiaban por haber sido víctimas de sus tiranías, se agrupaban con los demas para defenderle, porque se trataba de la independencia de su patria.

Por mucha prisa que se dieron los ministros de Moctezuma, por grande que fuese la actividad que desplegaron para obedecer sus órdenes, trascurrieron algunos dias sin que pudiera ponerse el ejército en pié de guerra.

Cuando estuvo todo dispuesto para salir á campaña, se presentaron al emperador los dos comisarios presos por los caciques de Zempoala, y puestos en libertad por Hernan Cortés.

Su llegada causó gran sensacion.

Sin detenerse corrieron al palacio, y manifestaron que deseaban ver al emperador.

Moctezuma los recibió inmediatamente.

Las primeras palabras que pronunciaron produjeron en él una irritacion inmensa.

—¡Cómo! dijo. ¿Es posible que esos miserables esclavos de Zempoala y Quiabislan se hayan atrevido á poner la mano en representantes de mi autoridad?

¡Ah! Ahora sí que comprendo que vayamos allí, no solo á destruir á los españoles, sino tambien á sus aliados.

Todos serán inmolados en aras de nuestros dioses.

—Calmad vuestra ira, señor, dijo uno de los comisarios. No son los españoles los que tienen la culpa del atentado que han cometido con nosotros.

Fundados en su poderío los caciques, nos aprisionaron.

Pero creedlo; sin los españoles, á estas horas seríamos víctimas inmoladas en aras del dolor.

—¿Es posible? Hablad, hablad.

—Custodiados por los extranjeros, á media noche mandó su jefe que fuéramos los dos á su presencia.

Mostrándose muy quejoso de la conducta observada por los caciques:

—Bajo mi responsabilidad, exclamó, os dejo libres.

«Volved á México.

«Decid á vuestro emperador que vengo á proponerle la paz.

«No es mi ánimo atentar á su vida ni á la de sus vasallos.

«Decidle que en nombre del poderoso monarca de España, vengo á ofrecerle su preciosa amistad.»

Estas palabras desconcertaron á Moctezuma.

—¿Estais seguro de lo que decís?

—Segurísimo, señor.

Los españoles nos han tratado como hermanos, como amigos.

Nunca les agradeceremos bastante los favores que nos han dispensado.

—¿Y vuestros compañeros? les interrogó Moctezuma.

Nos ofreció que los libertaria del poder de los caciques, y nos aseguró que respondia ante vos de su vida con la suya propia.

Estas declaraciones tranquilizaron á Moctezuma.

Su rostro irritado fué desarrugándose poco á poco.

La calma reemplazó á la furia.

—Que se detengan inmediatamente todos los preparativos de guerra, dijo.

La noticia no tardó en circular por la ciudad, devolviendo la calma y la tranquilidad á sus moradores.

—Puesto que son amigos, dijo Moctezuma á sus ministros, puesto que quieren la paz, intentemos de nuevo obtener por la súplica lo que nos proponemos alcanzar por la fuerza.

Enviémosles nuevos embajadores, nuevos y más costosos presentes.

No olvidemos que el cielo nos ha anunciado grandes catástrofes, y que tal vez los envíe para castigarnos.

Yo les ofreceré mi amistad para su rey.

Si nada conseguimos, al ménos tendremos tiempo para preparar con más calma y seguridad los medios de impedirles que lleguen aquí por la fuerza.

Nombró en seguida á los que debían formar parte de aquella embajada, eligiendo á dos sobrinos suyos y á cuatro caciques de los más ancianos para que les aconsejaran é impusieran respeto á los españoles.

Por más que en sus adrentos había jurado consagrar á sus dioses en un solemne sacrificio la vida de los habitantes de Zempoala y Quiabíslan, encargó mucho á sus embajadores que trataran con mucho miramiento á sus futuras víctimas para no irritar á sus protectores.

La embajada, con un rico presente, se puso en marcha, y no tardó en llegar á la que entónces ya llamaban los españoles villa de la Vera Cruz.

CAPITULO LVIII.

Tiempo perdido.



OR más que Hernan Cortés quiso recibir á solas á los embajadores de Moctezuma, no pudo conseguirlo.

No entraron en el palacio los caciques ni los habitantes de Quiabíslan.

Pero se agolparon en la plaza á la puerta del edificio, y con mezcla de curiosidad y de terror, vieron entrar en la morada de Hernan Cortés á aquellos enviados de Moctezuma, que al parecer se acercaban sumisos al feje de los extranjeros.

Recibiólos Hernan Cortés con la soltura y arrogancia del hombre que está seguro de su fuerza, y se entabló entre uno de los sobrinos de Moctezuma y el caudillo español, por medio de Marina, una conversacion muy animada.

—Nos envía, señor, á vuestra presencia, dijo el embajador mexicano, el más poderoso rey de la tierra, el que jamás ha visto eclipsarse su gloria ni su fortuna, el que somete con su voluntad á todos los pueblos y á todos los príncipes que se atreven á moverle guerra.

Pero por la misma razón de que su poderío es tan inmenso, comprendereis cuán grande es la amistad que os profesa, cuán alta idea tiene de vuestros merecimientos al enviarnos para decir:

«Los dos pueblos tributarios de mi corona han atentado inicuamente contra la libertad de mis emisarios.

«Su culpa solo podrían redimirla pereciendo todos sacrificados á los dioses.»